

STANISLAW LEM, LA EDAD DE ORO DE LA CIENCIA FICCIÓN

MIGUEL ÁNGEL BARROSO

Escribió Stanislaw Lem en su novela de referencia, *Solaris* (1961), que los seres humanos nos consideramos los caballeros del Santo Contacto. Pero que, en el fondo, no tenemos necesidad de otros mundos. «Lo que necesitamos son espejos. No sabemos qué hacer con otros mundos. Un solo mundo, el nuestro, nos basta, pero no nos gusta como es. Buscamos una imagen ideal de nuestro propio mundo; partimos en busca de un planeta, de una civilización superior, pero desarrollada de acuerdo con un prototipo». Lem expresa, con amarga ironía, que nos lanzamos al descubrimiento de otras civilizaciones sin haber explorado nuestros propios abismos, locuras y vergüenzas. Y no imaginamos que pueda haber algo muy distinto ahí fuera que no tiene que ver con el entrañable E.T., los marcianos psicópatas de Tim Burton o el alien que masacra a la tripulación del *Nostromo*. «¿Y qué haremos con esos otros mundos? Dominarlos o que ellos nos dominen: ¡no hay otra idea en nuestros patéticos cerebros!».

Probablemente Lem no sería muy partidario del Programa de Exploración de Marte de la NASA, aunque como apasionado de la ciencia sentiría un

Se cumplen cien años del nacimiento del autor de «*Solaris*», uno de los escritores de ciencia ficción más influyentes de la Historia. Repasamos un género que ha dado obras maestras a la literatura

íntimo asombro por las andanzas del rover *Perseverance*. Se cumplen cien años del nacimiento del escritor polaco, uno de los autores de ciencia ficción más influyentes y, como Ray Bradbury, del que celebramos el centenario en 2020, con aportaciones filosóficas y poéticas que elevaron el género a sus mayores cumbres literarias. Se diferencia del maestro norteamericano por su profundo pesimismo respecto al ser humano y su obsesión por el rigor científico, en especial en el campo cibernético. Un argumento recurrente en su obra es la comunicación con otras formas de vida (o, para ser más exactos, la incapacidad para comunicarse; este asunto fue tratado de forma magistral por Denis Villeneuve en el filme *La llegada*). Así sucede *El Invencible* (1964), *La voz de su amo* (1968) o en *Solaris*, donde la supuesta inteligencia alienígena es un océano protoplasmático capaz de crear no solo extrañas y colosales arquitecturas cósmicas, sino inquietantes «visitantes» materializados a partir de los recuerdos

de los protagonistas. La adaptación cinematográfica de Andrei Tarkovsky, premiada en Cannes en 1972, una cinta de culto (sobre todo para los fans de Tarkovsky), multiplicó su fama. También hay un telefilme soviético de 1968 y una película de 2002 dirigida por Steven Soderbergh, con George Clooney y Natasha McElhone. Impedimenta ha publicado sus clásicos, incluyendo la primera traducción directa del polaco de *Solaris*.

Utópicos mundos

Lem, nacido en Leópolis (entonces Polonia, hoy Ucrania), quiso seguir los pasos de su padre, médico, pero la Segunda Guerra Mundial cambió sus planes. Formó parte de la resistencia como soldador y mecánico y participó en algunos actos de sabotaje. Su familia, católica

pero de ascendencia judía, se salvó de la cámara de gas gracias a una documentación falsa y una precipitada huida. Tras el conflicto, Stanislaw fue repatriado a Cracovia y publicó un relato por entregas, *El hombre de Marte* (1946), en un semanario juvenil. *Los astronautas* (1951) fue su primera obra en ver la luz en forma de libro. Introdujo referencias a los ideales del comunismo, aunque el régimen le acusó de «falta de conciencia de clase». La inopinada aparición de signos de vida extraterrestre y la torpeza para descifrarlos no acabó de convencer a los guardianes de las esencias.

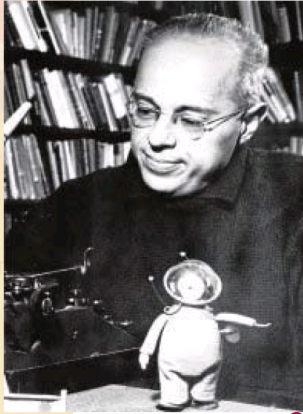
Historia verdadera, del autor greco-sirio Luciano de Samósata (siglo II d. C.), es considerada como la primera obra de ciencia ficción, el relato más antiguo sobre un viaje al espacio. *Utopía* (1516), de Tomás Moro, con su descripción de una isla construida artificialmente donde sus habitantes viven en una sociedad idealizada, pacífica, igualitaria, previosora y sin propiedad privada podría ser el primer ejemplo de

ficción distópica. *Un mundo feliz* (1932), de Aldous Huxley, enlaza con la isla de Moro, aunque su comunidad es más turbadora: no hay guerra ni pobreza, pero tampoco diversidad cultural, filosofía ni amor; la humanidad se organiza en castas y las penas se curan consumiendo una droga llamada soma. La angustiosa 1984 (1949), de George Orwell, es la distopía totalitaria que aún nos podemos temer. Pero es a finales del siglo XIX cuando el género sube a los altares con Julio Verne y sus tres novelas visionarias: *Viaje al centro de la Tierra* (1864), *De la Tierra a la Luna* (1865) y *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870), que tuvieron una enorme influencia en autores posteriores. Comparte ese protagonismo seminal H. G. Wells, autor de *La máquina del tiempo* (1896), *El hombre invisible* (1897) y *La guerra de los mundos* (1898), que describe por primera vez una invasión alienígena de la Tierra.

En el tránsito entre centurias encontramos una pléyade de autores poco conocidos, pero claves en esa cimentación. La editorial Alba acaba de publicar una pequeña joya, *Pioneros de la ciencia ficción rusa* (1892-1929), recopilación de relatos de Alekséi N. Apujtin, Porfiri P. Infántiev, Valeri Y. Briúsov, Serguéi R. Mintslov, Aleksandr A.

pressreader

PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER
PressReader.com +1 604 278 4604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW



UNIVERSO SOLARIS

- 1 Ilustración del artista ruso Alex Andreyev del planeta Solaris, con una espectacular «sime-triada», estructura efímera que se disuelve en el océano viviente
- 2 Stanislaw Lem (Leópolis, 1921 -Cracovia, 2006)
- 3 Imagen de «Solaris» (1972), filme de Andrei Tarkovski
- 4 Steven Soderbergh estrenó su propia versión en 2002, con George Clooney



feudal (hubo película de David Lynch; el estreno de la versión de Villeneuve espera a que la curva pandémica toque fondo); Arthur C. Clarke y 2001: Una odisea espacial (1968), con papel estelar de una supercomputadora con look orwelliano que decide eliminar a unos astronautas porque cree que entorpecen la misión; Philip K. Dick, que se consideraba un «peón de Dios» (su apostolado del LSD igual tuvo algo que ver), a quien debemos ¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas? (1968), texto de partida de Blade Runner...

En la mesa de Bradbury, Clarke y compañía como Stanislaw Lem. Y, como los androides de Philip K. Dick, sus desconcertados «visitantes» de Solaris desean llenar un equipaje de recuerdos, vestirse de humanidad. Según el escritor y crítico croata Darko Suvin, las estrellas para Lem son lo que la isla de Utopía fue para Tomás Moro o Brobdingnag (el país habitado por gigantes de Los viajes de Gulliver) para Jonathan Swift: un espejo parabólico donde mirarnos. Porque después de las aventuras espaciales, de viajes a planetas donde un coloso fluido dicta un intransigente silencio, del aislamiento y la falta de comunicación, el autor polaco concluye que al ser humano lo que le hace falta es otro ser humano, no un extraterrestre. ■

Bogdanov, Ignati N. Potápenco y otros nombres que no dirán nada al gran público, pero cuyos argumentos excitarán su imaginación: asombrosos viajes a Marte, habitado por monstruosas pero benevolentes criaturas; crueles civilizaciones extraterrestres asentadas en el desierto africano; artilugios que permiten ver y oír lo acontecido hace siglos, o vivir dentro de una fotografía; el balance que hace un científico que descubrió la inmortalidad, mil años después... Un verdadero festín.

Clásicos esenciales

Y llegaríamos a los grandes: Lovecraft y su «horror cósmico», con títulos como En las montañas de la locura (1936) o La llamada de Cthulhu (1928) -hay recientes ediciones de Minotaur con ilustraciones de François Baranger que proporcionan una experiencia aún más sobrecor-

VERNE, H. G. WELLS, BRADBURY, CLARKE, PHILIP K. DICK, HERBERT, POHL... EL GÉNERO ESTÁ LLENO DE MAESTROS

gedora-; Ray Bradbury, autor de Crónicas marcianas (1950), con un halo poético y humanista que lo distingue de otros, inspirador de escritores como Kim Stanley Robinson (Trilogía marciana) en el modo en que naturaleza y cultura se reformulan mutuamente; Frederik Pohl y su Pórtico (1977), donde describe una fiebre del oro intergaláctica, única novela que ha obtenido los máximos galardones del género (Hugo, Nebula, John W. Campbell y Locus); Frank Herbert y la también multipremiada Dune (1965), un viaje 10.000 años en el futuro a un imperio galáctico de estructura

Capek y la teatral invención del robot

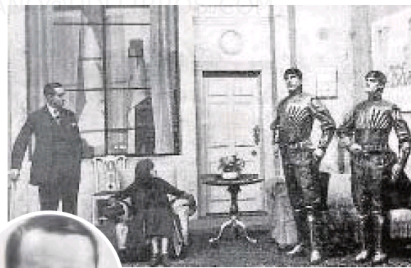
Hace un siglo se estrenó la visionaria «R.U.R. (Robots Universales Rossum)»

M. Á. BARROSO

-¿Qué tipo de trabajador cree usted que es el mejor desde un punto de vista práctico?
-¿El mejor? Quizá el más honrado y más trabajador.
-No, el más barato. Aquel cuyas necesidades son mínimas. Rossum inventó un obrero que tiene un mínimo de exigencias (...). En realidad, lo que hizo fue rechazar al hombre y hacer el robot.

El escritor checo Karel Capek (1890-1938), inspirado en la tradición del golem (ser animado fabricado a partir de materia inanimada, como el barro o la arcilla, sometido a los deseos de su amo), fue el primero en utilizar el término robot para definir a un autómatata en su obra teatral «R.U.R. Robots Universales Rossum», estrenada en el Teatro Nacional de Praga hace un siglo. Según reveló Capek, fue su hermano Josef el que se lo sugirió. Al principio quiso llamar a estas máquinas «labori» (del latín labor, trabajo), pero no le convencía, y Josef le propuso «roboti» (la palabra «robot» significa trabajo en checo y otras lenguas eslavas, y en sentido figurado hace referencia a una tarea especialmente dura). El éxito de la obra fue fulminante. Trata sobre una empresa que construye robots para liberar a la humanidad de eso que Karl Marx decía que dignificaba al hombre. El problema es que acaban rebelándose contra sus creadores. La literatura y el cine han tirado del hilo con títulos memorables, desde «Metrópolis», película de 1927 dirigida por Fritz Lang, donde un científico loco crea «la falsa María», copia robótica de la protagonista, hasta «Yo, robot», de Isaac Asimov, compendio de moral para androides inteligentes, o «Ciberiada», de Stanislaw Lem, pasando por los peligrosos replicantes o los amistosos C-3PO y R2-D2.

Al leer esta pieza teatral en cuatro actos uno siente que está en un lugar conocido, como cuando pisa Nueva York por primera vez, tal es la cantidad de productos de la cultura popular asociados a los robots que ha consumido. Y también siente que, cien años después de su estreno, esta obra con toques de humor y cargas de profundidad sobre la tentación de ser Dios podría volver a las tablas sin haber perdido un ápice de frescura (y de amargura). Los admiradores de Capek que visitan Praga suelen dejar un robot de juguete en su tumba. Cerca del día de Navidad, fecha en la que dobló la esquina, las maquinillas son legión. Allí le hacen compañía, revolucionarias almas de metal. ■



ROBOTS EN EL ESCENARIO. Una de las primeras representaciones de «R.U.R. Robots Universales Rossum», de Karel Capek (a la izquierda)